PALABRA Y COMUNIDAD (1)

4

Cuando se produce la transfiguración de los medios expresivos al ser asumidos como tales por aquello que ha de expresarse a su través, se da el fenómeno siempre antiguo y siempre nuevo de la *palabra*. Este es justamente el cómpito del Arte: transfigurar lo sensible en un proceso expresivo creador. Por haber elevación de los medios sensibles, la obra de arte gana poder expresivo. Al estar informada por una realidad *profunda* que pugna por expresarse, la obra cobra un carácter único, irrepetible, íntimo. He aquí cómo todos los elementos de la obra artística se salvan al ser entendida ésta como *palabra*, en un sentido genético y dialéctico.

Pero la palabra no es tan sólo expresión de la intimidad personal, sino vehículo viviente de las relaciones interhumanas. En los últimos tiempos nadie tal vez mejor que Ebner ha visto la *dimensión comunitaria* de la palabra, lábil realidad expresiva que va hermanada con el amor y funda el lazo de unión entre el yo y el tú. "Hay dos hechos, no más, de la vida espiritual; dos hechos que se dan entre el yo y el tú: la 'palabra' y el amor. En ellos radica la salvación del hombre, la liberación de su yo de su auto-reclusión" (2). "La palabra sin amor: ¡Qué abuso del don del lenguaje es esto! Aquí la palabra lucha contra su propio sentido. Se anula espiritualmente a sí misma; y pone fin a su propia existencia. Se pierde en el decurso temporal de la vida. La palabra, en cambio, que habla al amor es eterna" (3).

La palabra no es un mero continente estático de una significación, sino la intercomunicación vida de

dos sujetos a través de la trasmisión de un contenido significativo (4). En unos casos prevalece la intención personal del interrelacionarse; en otros se reduce ésta al mínimo, para dejar escuetamente en primer plano la significación transmitida. Lo decisivo es captar la dialéctica de ambos planos en el seno de toda palabra, que no es, por tanto, "real y operante, a no ser en el momento de ser dicha a alguien" (5). La palabra es una realidad dialógica, que presupone y plenifica, a la par, la interrelación esencial del yo y el tú, bien sabido que "el 'tú' es la vertiente del otro con la que podemos comunicarnos, y ésta pertenece tanto a la esencia de la personalidad como la posibilidad de expresarse, que es la que constituye al 'yo'" (6). La palabra sólo puede ser rectamente entendida a la luz del Pneuma que la inspira, es decir, de la fuerza espiritual de gravitación que une al yo y al tú (7).

El problema del lenguaje debe ser, pues, plantea-

(4) "En la 'palabra' está el hombre siempre en camino hacia su tú. Y el hombre halla a 'Dios', cuando 'Dios' le habla (con lo cual deja aquél de hablar a Dios, pues entonces el yo enmudece en él y se resuelve en su relación con el tú)" (*Das Wort ist der Weg*, pág. 101). Lo que considera Ebner en la palabra es su poder de despertar vida espiritual en los otros, y consiguientemente en aquel que la pronuncia.

(5) Cf. *Das Wort und die geistigen Realitäten*, pág. 127.

(6) O. cit., pág. 18.

(7) Según testimonio de Hildegard Jone, Ebner hizo del lenguaje el órgano de expresión de su actitud de profunda reverencia para todos los seres, cuyo misterio admiraba desde la atalaya del silencio. Ebner "tomó la palabra del tabernáculo del silencio". Por eso pudo hacer poco antes de su muerte la sorprendente confesión de no haber nunca malusado el lenguaje (Cf. *Das Wort ist der Weg*, pág. X). En el fondo, esta fidelidad no era sino fruto de su autenticidad existencial: "Yo creo que la gracia del conocimiento del misterio de la palabra le fué concedida en la misma medida en que él lo había sufrido" (Hildegard Jone: O. cit., página XIII). "Una y otra vez, degrada el hombre el don del lenguaje, convirtiéndolo en mera palabrería (Gerede). El misterio de la palabra es el misterio del espíritu" (O. cit., pág. 80). "¿No mueren la mayor parte de los hombres sin haber vivido la vida en toda su hondura? El hombre aprende de la vida el silencio, y tanto mejor lo aprende cuanto más tiene la vida que decirle" (O. cit., pág. 93).

(1) Este artículo prosigue el tema tratado en el número anterior bajo el título "Notas para una Filosofía de las exposiciones".

(2) Cf. *Das Wort ist der Weg*, pág. 112.

(3) Cf. O. cit., pág. 142.

do no al nivel de lo meramente fáctico, sino de lo superobjetivo, que es donde no vigen las categorías rígidas de espacio y tiempo. A través del lenguaje verdadero, el yo y el tú se encuentran a la única altura en que es posible el diálogo: el nivel del espíritu. Más que contenidos significativos lo que aquí revelan las palabras es el espíritu del dialogante, mientras que en los planos inferiores lo ocultan.

Con gran penetración relaciona Ebner la palabra y la razón (Vernunft), como facultad nata del recibir (Vernehmen). Razón es el "sentido para la palabra" y el sentido que late en ella, y consiguientemente, es la capacidad de formar ideas y conceptos (8).

Si la existencia del hombre se realiza en la comunicación interpersonal, el sentido de la vida humana radica en el amor: "¿Por qué sufre el hombre ante la falta de valor y sentido de su vida? Propiamente, porque no es capaz de amor" (9). Lo importante es contrarrestar con la apertura del amor la tendencia humana a la reclusión individualista: de ahí la contraposición, tan habitual en Ebner, de los binomios palabra-pecado, palabra-amor. La palabra y el amor "se vinculan en su más honda raíz" (10), pues en el fondo toda palabra, entendida como comunicación personal, es un acto de amor, de salida de sí mismo, para crear con el dialogante un ámbito de intimidad (11). El valor inapreciable de la palabra procede de haber sido medio de expresión del precepto del amor que dió Cristo a sus discípulos: "El que ama a su prójimo no es solamente 'oyente' de la palabra, sino 'realizador'. Y éste es el sentido último de la palabra en la humanidad de su origen: que en ella fué pronunciado por Jesús el mandamiento del amor, con lo cual volvió a acoger en sí a la palabra en su origen divino, al hacerse palabra de amor" (12). El lenguaje implica, pues, un amor sacrificial, es decir, la voluntad de no ceder a la tentación de la soledad vacía (13). Pues es de saber que hay una soledad de plenitud, que llamamos recogimiento, y una soledad de desamparo del que se queda sólo por no aceptar el riesgo de perderse en la trascendencia de la vida en amor.

El amor concede a la palabra su densidad entitativa, y su relieve. De por sí, una palabra puede ser el acceso a la comunicación en amor o en odio, en un nivel de hondura o de superficialidad. El amor

(8) O. cit., págs. 21, 78.

(9) Cf. *Das Wort ist der Weg*, pág. 115.

(10) Cf. *Das Wort und die geistigen Realitäten*, pág. 223.

(11) "Tener la palabra verdadera significa tener amor. Sólo el verdadero amor habla a la persona de los otros" (Hildegard Jone, en el prólogo a *Das Wort ist der Weg*, pág. IX). Por eso decía Ebner que "el sentido de una palabra no está dado en un tono sencillo, sino en un acorde pleno". "La palabra sin resonancia es la palabra que está falta de su tú" (O. cit., pág. XI).

(12) Cf. *Das Wort und die geistigen Realitäten*, pág. 189.

(13) "A impulsos del amor debe brotar la palabra en el hombre. El amor debe llevar la palabra en su camino del yo al tú. Sólo en el amor, por el cual sale el yo de su reclusión interna y se abre al tú, puede la palabra ser fructífera y crear una vida espiritual en el hombre al que es dicha" (*Das Wort ist der Weg*, página 118).

sitúa al lenguaje en un plano de realidad profunda, pues sólo ante el misterio de lo profundo surge el fenómeno del amor. Las significaciones a que apunta el lenguaje reciben de la actitud amorosa del que habla su densidad existencial.

EL ARTE COMO DIALOGO

5

Estas consideraciones antropológicas, necesariamente fragmentarias, acerca de la vertiente comunitaria del lenguaje, nos ponen en disposición de adivinar el largo alcance humanista de las exposiciones, que, lejos de implicar una profanación o exteriorización del Arte, significan su más perfecto logro.

La obra de arte se revela, a un tiempo, como ser dotado de personalidad y como dependiente de su creador. "El artista—decía Flaubert—es en su obra como Dios en su creación: se lo siente en todas partes y no se lo ve en ningún lugar." El Arte debe su virtud catártica a la doble condición de su principio informante, que es, a la vez, presente y trascendente a cada obra artística. La obra de arte existe como tal merced a un principio vital que en ella alienta y que pertenece al nivel de lo profundo. Pero en este nivel sólo pueden moverse los seres que poseen ese voltaje o tensión vital que llamamos vida en el espíritu. Las más bellas formas se diluirían en un polvo atómico de impresiones sensibles si no estuviesen sostenidas por la fuerza de cohesión que significa la presencia del espíritu creador.

Hasta tal punto es esto así, que la obra de arte, una vez separada de su creador, se reduciría a una mera cosa física sin relevancia estética alguna, si no fuese asumida por un espíritu capaz de infundirle un hálito recreador. Todas las artes necesitan, como la Música, un ejecutante que las ponga en acto. Silvio D'Amico ha llamado recientemente la atención sobre la importancia de la cuarta pared de la escena, la que está abierta hacia el público, colaborador principal de la obra. Los trágicos griegos adivinaron este complejo de ideas al dar voz al pueblo en el canto del "coro". "... Todas las artes—afirma Stefanini—son una escena con una pared abierta sobre el autor, o sobre el lector, o sobre el intérprete, o sobre el crítico" (14). "Incluso la belleza de Asís—agrega—está pendiente del ejecutor. Las piedras agrupadas en una hora de intenso fervor caerían en la banalidad si no volviésemos a encender en ellas la luz que las iluminó en un principio. Cuanto más se avive en nuestro ánimo la caridad, la humanidad, la pobreza de San Francisco, tanto más en disposición estaremos de entonar a través de estas pobres cosas el himno de la perfecta alegría cristiana" (15).

La obra de arte no existe sino en acto (Valèry),

(14) Cf. *Personalismo filosófico*, pág. 175. Morcelliana. Brescia, 1962.

(15) *Ibid.*

y el acto es su apertura a todo espíritu capaz de alcanzar la tensión espiritual que el diálogo artístico implica. De ahí el ambiente de espectación y gozo profundo que acompaña a toda forma de exposición en que se alumbra una obra de arte hasta entonces desconocida. Recuérdese, por ejemplo, el reestreno de la *Pasión según San Mateo*, de Bach, "descubierta" por F. Mendelsohn después de un largo período de olvido provocado por un defecto de comprensión.

Si el Arte es expresión y comunicación interpersonal a través de lo profundo, el máximo gozo estético se da necesariamente en la captación comunitaria del mensaje del Arte. "No hay placer más grande—escribe Gilson—que compartir el privilegio de la experiencia estética con otros. Admirada en común, la belleza llega a plenitud de vocación, que es, por participar de la naturaleza del bien, difundirse y comunicarse en virtud de una innata generosidad" (16).

LA PALABRA Y EL SILENCIO

6

Abundan en la actualidad los detractores de la palabra y los incondicionales panegiristas del silencio. Mucho nos interesaría poner en claro si se trata de un retorno a una nueva forma de nostalgia romántica o de una exigencia de un modo más radical de ver el universo.

Para introducir al lector en la sutil problemática de este tema, haré unas breves precisiones acerca de la correlación interna que, a mi juicio, debe mediar entre la palabra y el silencio, y las confrontaré seguidamente con el parecer de dos autores contemporáneos de temple hondamente humanista.

Una vez que el amor ha dicho su palabra, la palabra esencial, ya puede entregarse tranquilo al silencio, que será una soledad plena, merced a la riqueza de esa palabra. Cuando María reconoció a Jesús en el Huerto, le dijo: *Raboni*. Ya no hacía falta más: esa palabra llenaría hasta los bordes el hueco de toda una eternidad de silencio. ¿No hemos estado todos alguna vez enmudecidos en torno a una palabra que condensaba un mundo tensísimo de emociones ante un paisaje sublime, un cuadro genial, o un bello rincón de ciudad? Cuando el *Petit Prince* cayó levemente sobre la arena del desierto después de un diálogo breve, pero intenso y profundo, con el piloto, la soledad oprimente del desierto quedó poblada por un rumor de plenitud, y el silencio de las estrellas, entre las que figuraba el pequeño planeta con su única flor, se trocó en el más expresivo de los lenguajes. *El silencio vive de la plenitud de la palabra*.

No lucha el silencio contra la palabra; es su ámbito de resonancia, su relieve, ese halo de dominio

(16) Cf. *Pintura y realidad*, pág. 178. Edit. Aguilar. Madrid, 1961.

que vence los límites acotados del espacio y del tiempo. El silencio es el ámbito que las palabras esenciales roban al espacio vacío de la charla sin hondura. *La palabra henchida de silencio tiene profundidad*: por eso es el vehículo nato de la autoexpresión humana en el encuentro amoroso, en la creación artística, en la emoción trascendente de la plenitud.

Dos libros recientes nos hablan del lenguaje con las dos cualidades que este tema exige: penetración y sensibilidad. El lenguaje aparece en estas obras en íntima relación con tres de las más altas actividades humanas: la tensión amorosa, la creación poética y la intuición contemplativa. Triple vertiente por donde se puede escalar esta cumbre de la vida humana que es la palabra. El hablar nos gana y nos pierde, nos lleva a la plenitud y nos hunde en la banalidad. ¡Extraño privilegio humano que hace a los mejores hombres añorar el silencio!

EL SILENCIO COMO LENGUAJE DEL AMOR

7

En su espléndida obra *Teoría y realidad del otro* (17), Pedro Laín Entralgo aborda expresamente el problema de la palabra y el silencio. En el diálogo interpersonal—escribe—la palabra desborda su función signitiva para ser "cauce de una confesión, símbolo de una donación y prenda de una promesa" (t. II, pág. 257). A pesar, sin embargo, de este carácter comprometido de la palabra dialógica, no puede ser ésta la expresión fiel de la relación interpersonal amorosa, que indica una donación *mutua* y *simultánea*. "La relación dialógica amorosa tiene en el *silencio coefusivo* su principio y su término." "Cuando somos *tú-y-yo* quienes constituimos el nosotros, la única expresión idónea del dual es el silencio" (II, pág. 315).

Otro sensitivo de lo profundo, Michele F. Sciacca, ha cantado un himno al silencio en su obra *El silencio y la palabra* (18). "El diálogo entre dos personas que se aman profundamente, en un determinado instante y en el instante de su más intensa profundidad, se hace silencioso." "La intuición del amor corre delante de cada palabra, la hace superflua y la anula. Los cuerpos se han hecho sonoros, dicen sin hablar, cargados con todas las vibraciones del espíritu." "La zona silenciosa del amor es la vida eterna de todas las palabras" (pág. 73). "No hay comunicación sin silencio. Una plenitud silenciosa es la comunicación significativa" (pág. 57).

La primacía del silencio se asienta en su carácter *atmosférico*, envolvente, que supera las barreras individualistas que el lenguaje no parece lograr vencer por su carácter concreto y determinante.

Laín Entralgo escribe: "... La palabra más auténtica

(17) *Revista de Occidente*. Madrid, 1961.

(18) Edit. Miracle. Barcelona, 1961.

tica y viva, por el solo hecho de existir, *determina* la existencia del que la pronuncia, la fija en un aquí y un ahora, pone contorno a su ser (...). De ahí que, aunque su sonido diga literalmente 'nosotros', la palabra disgrega el *nosotros*, y ésta es la razón por la cual la relación dialógica amorosa ha de tener en el silencio no sólo su principio, mas también su término. Amoroso o no, el coloquio exige que tú y yo hablemos sucesiva y alternativamente; si hablamos los dos a la vez, no hay coloquio, sino algarabía. ¿Cómo expresar, entonces, la condición plenamente subjetual que el *nosotros* asume en el encuentro amoroso? ¿Bastará acaso el empleo del número dual en las lenguas que lo poseen? No, porque en la relación dialógica el dual es empleado alternativamente por los dos interlocutores" (II, págs. 314-315).

De modo semejante, se expresa Sciacca: "... La comunicación es imperfecta siempre, porque ninguna palabra y ninguna conversación puede comunicar, no nuestra subjetividad pura (que no existe), sino nuestra plenitud interior que es plenitud por el valor, que trasciende toda existencialidad finita y toda comunicación. Precisamente por esto el silencio, entendido no como negativa a la comunicación, sino como forma de comunicación, es la comunicación menos impura, y menos insuficiente" (O. cit., página 56).

Pero si afinamos un poco más, y nos preguntamos de dónde adquiere el silencio ese dominio de la unilateralidad de la palabra, Laín subrayará la vinculación del silencio y el amor que hace de los límites punto de comunicación, y no de sutura. "El silencio no es entonces incapacidad o privación, sino testimonio radiante de la plenitud que alcanza la existencia cuando transparentemente se entrega y revela al otro en un *nosotros* diádico y coefusivo" (página 315).

Sciacca, por su parte, entiende el silencio como un modo de *tensión espiritual* que desborda la superficialidad del pensar discursivo. "El silencio siempre está a la escucha o en espera de algo" (página 188). "El silencio es el pensamiento que no 'discurre', pero está recogido en la unidad; es el pensamiento que descansa en la plenitud amada después del trabajo amoroso de la palabra insuficiente" (pág. 191). Esta actitud le permite adivinar el lazo de unión del silencio y la palabra, que se interfieren al nivel de lo profundo. El silencio viene a ser la palabra en su momento *originario*, al nivel de hondura en que es toda ella intuición reveladora del ser de las cosas. "El silencio es un camino de acceso al secreto de la persona." "El silencio es el espacio espiritual en el que la existencia se manifiesta en su totalidad indivisa, por encima de la parcialidad de la palabra siempre fragmentaria" (pág. 75). "Amar es descubrir una palabra del silencio, es ver el corazón de una persona, ver lo invisible, oír lo inaudible" (pág. 76).

El silencio es la palabra que ha dominado la dispersión puntual del discurso atenido en exclusiva a los *perfiles* de las cosas, y se ha aquietado en el seno de las realidades, que, por gozar de intimidad, no se dan dispersas en el espacio y el tiempo. El silencio es, pues, visión sinóptica, palabra cargada con mil y mil resonancias, vehículo nato de la presencia de las realidades que se dan *en persona*.

Por eso escribe Sciacca: "El silencio tiene un peso psicológico que no encontramos en ninguna palabra: está cargado con todo lo que hemos vivido (...). En un instante de silencio todo el peso del tiempo de nuestra vida..." (pág. 103).

Este carácter profundamente *intuitivo* del silencio es lo que permite vincularlo con la palabra. La palabra silenciosa es una palabra con relieve, con profundidad y largo alcance. "Una máquina inactiva es una cosa 'muda', un trozo de cielo es una cosa 'silenciosa': a la primera el hombre no sabe prestar la palabra, a la otra le sabe dar palabras llenas de infinito" (pág. 107).

La palabra que apunta a lo profundo es consciente de su insuficiencia y se ciñe con el cinturón ascético de la humildad, que es dar libre vuelo al pensamiento más allá del límite acotado por el lenguaje. "La sinceridad y la eficacia de un discurso se miden por el halo de silencio que sabe rodearlo" (página 116).

Si la palabra surge al contacto con lo profundo irá fortalecida por la energía del *compromiso* personal que confiere a las palabras *consagración* poética, poder de *expresión originaria*. Por eso se dice que el silencio es fuente de agua viva. Pues en el silencio brotan las palabras auténticas, que surgen al contacto con lo originario. No es, de consiguiente, el retorno al silencio un entregarse al vacío, sino reconquistar la paz esforzada de la plenitud, rumor profundo de muchas aguas, atención plenificante a lo misterioso, recogimiento y sobrecogimiento a la par. En el clima del silencio, todas las palabras, redimidas de la caducidad de la locución fugaz y limitada, son el medio más directo de comunión con lo profundo.

Los amantes repiten una y otra vez una palabra decisiva, porque ésta condensa todo un mundo complejísimo de ideas y sentimientos. El lenguaje es un *guía* y un *apoyo* en la contemplación de lo profundo. Por eso no es contrario al silencio, sino a la superficialidad de la cháchara incomprometida; como no se opone la intuición al discurso, sino a la visión monodimensional que se prende en los detalles sin adivinar el conjunto que bajo ellos late.

Esto nos sitúa en condiciones de presentir la profunda razón por qué se ha dicho que la palabra y el silencio se unen y potencian en la tensa expresión de la *plegaria*.